



•Crónica ganadora Colaborador Habitual en Prensa Escrita, que el portal web La Silla Caribe difundió el 3 de febrero.

# Mujeres durante cuatro días

Por Libardo Barros Escorcía

Promediando las seis de la tarde, en su salón de belleza, Yelitza Coronado maquilla a Víctor Manuel Flores. Poco a poco las sombras de ojos, la pestañina, el rubor y el lápiz para cejas lo transformarán en una enfermera coqueta y presumida.

Poseído por el personaje se pone su atuendo blanco: una licra para disimular las protuberancias bajo la falda, medias veladas, senos firmes, un camisón, mocasines y una cofia. Al final, un toque de lápiz y brillo labial parecieran dar mayor elegancia a esta “mujer” de 61 años y 1.78 metros de estatura, que con un estetoscopio y jeringa descomunal sale de su casa del barrio San Isidro para ir en taxi rumbo a la Guacherna, el primer desfile nocturno del Carnaval de Barranquilla.

En el barrio Rebolo, con 25 años, Zuele, hija de Fredy Alvear de León, le arregla los pliegues de la falda de



Fredy Alvear De León asegura que cada vez son menos los hombres que saben disfrazarse de mujer en el Carnaval.

lamé dorado que su padre usa encima de una pollerita de malín rosado. Le estira la blusa anaranjada y sus senos de trapo se fijan aún más a su pecho sudoroso. Una vecina le compone los abanicos y otra lo maquilla, le pinta los labios y le entrega un

muñeco vestido con el uniforme de la Selección Colombia de fútbol.

Transformado en “María Abanicos”, una barbie de 52 años de edad, sonríe y lanza besos a granel. Llegó a la calle 30 de este mediodía



soleado y toma rumbo al desfile del Carnaval del Suroccidente. No hay ni un rasgo del albañil, el electricista o el pintor de casas que suele ser. Lleva agarrado bajo la axila izquierda su bolso mientras arrulla su infaltable muñeco en el otro brazo. Camina utilizando unas sandalias apropiadas para los desfiles en Barranquilla, Soledad, Galapa y Baranoa. Se siente más mujer que nunca y no para de reír. Él tiene claro lo suyo:

—Yo soy un varón, y no dejo de serlo cuando me disfrazo; simplemente me tomo el trabajo de imitar una mujer. No soy gay, porque el gay quiere ser más que una mujer, y a una mujer no se le puede superar en ningún aspecto, ella es única.

Cada vez son menos los hombres que saben disfrazarse de mujer en el Carnaval de Barranquilla. La mayoría tiende a sobrepasar los linderos del respeto y lo que transmiten es una parodia vulgar de lo femenino. El que se disfraza debería conocer muy bien el personaje que busca representar. De cualquier manera, el disfraz no invita a violentar a nadie; más bien es un llamado a levantar el estado de ánimo por la llegada de la fiesta.

Víctor Manuel Flores tenía 12 años la primera vez que se disfrazó de mujer. Se puso un vestido de una vecina y con una escoba se metía en las casas a barrer para ganarse unas monedas. Aunque era carnaval, no aguantó el sabotaje de los hombres del barrio que lo tildaban de “raro”. Volvió a disfrazarse ocho años después, cuando se enteró de que su padre hacía comedias y a menudo representaba mujeres en el escenario.

Yelitza insiste en que no hay un hombre más mujeriego que su primo Víctor. Soltero y sin hijos, para Víctor Manuel es muy normal tener “amigas”, y ríe mientras comenta:

—Las mujeres no son de nadie, ni del marido, ni de los hijos, ni de nadie. Aunque no he vivido con



A Fredy Alvear De León su familia lo apoya en la creación de su disfraz.

ninguna, las veces que creo saber cómo es la jugada con ellas es cuando más me equivoco.

Odasir Bolívar, quien lleva el pendón durante los desfiles, advierte que todavía no es fácil disfrazarse de mujer. La intención irrespetuosa de algunos tiene que ser frenada con firmeza apenas comienza. Afortunadamente, la mayoría de la gente respeta, pero algunos borrachos son groseros.

A “la Enfermera” la buscan mucho para una foto, o para tocarla y hacerle bromas. El que quiere dar dinero,

bienvenido; pero si no da, no pasa nada. Víctor Manuel no fuerza a nadie porque no le gusta sentirse despreciado por otra persona. Se vacila el disfraz desde que sale hasta que se lo quita.

Pero todo el tiempo no es carnaval, ni sonrisas, ni baile. La vida muestra los dientes a quienes no han tenido un trabajo fijo y tampoco cuentan con una pensión. Día a día en el barrio hace lo que puede para ganarse el sustento: paga los recibos a sus vecinos, les compra las medicinas a los enfermos, compone tuberías del acueducto y hace cualquier otro mandado. Cuando el



día se pone aburrido, se sienta en la tienda de la esquina a referirles chistes a los vecinos que siempre festejan sus ocurrencias.

No se trata de ponerse un vestido de mujer y salir corriendo detrás de un macho a reclamarle cosas. "María Abanicos" es selectiva, escoge el suyo cautelosamente, lo aprisiona con el cuerpo, acercando su rostro, dispone la boca para un beso que no se consumará.

La peluca fucsia realza su aire provocador. Utiliza silencios y miradas. No acosa, ni toca lugares del cuerpo distintos a las mejillas de "su hombre". La conexión se establece a partir de la sonrisa nerviosa del seducido, quien con un gesto nervioso lleva su mano al bolsillo para purgar con dinero la pena que lo embarga cuando una mujer de la calle le demuestra que puede ser abusado fácilmente.

Entretanto, con una bermuda azul y suéter rojo Fredy descansa en una mecedora en la terraza de la casa de sus hijos. La música del vecindario retorna a las raíces del carnaval, mientras que él anticipa la respuesta a una posible pregunta:

—Uno como hombre siempre tiene miedo a que una mujer lo tome por sorpresa. Nosotros no aguantamos esa presión, así sea en un juego como lo hago con mi personaje.

Sin embargo, ha vivido con doce mujeres distintas una sola vez, y una de ellas le dio sus dos hijos. Muy niño llegó a vivir con su abuela y su hermana desde que se vino de Calamar, luego de la separación de sus padres.

La sola idea de disfrazarse de mujer ruboriza a muchos hombres, pero a Víctor Manuel y a Fredy se les ha convertido en sinónimo de identidad personal. En la Casa del Carnaval se les llama por el nombre de su disfraz y a ellos no les molesta.



Víctor Manuel Flores advierte que no es fácil disfrazarse de mujer pero le encanta hacerlo de enfermera.

Víctor Manuel es más extrovertido, esté o no disfrazado. En los desfiles, su presencia escénica impresiona, deslumbra entre los demás aun cuando hace el recorrido en solitario.

Por su parte, Fredy siempre está sonriendo y se acerca con cautela. Da besos a los hombres que conectan con su mirada, los aborda y luego continúa su marcha.

Estos dos hombres, como tantos otros que se disfrazan, reflejan la mujer que los habita, aquellas que corren desesperadas tras un hombre que nunca es el que desean; o de aquellas que tan pronto conquistan a uno, escapan para ir tras otro. A todos les reclaman amor y protección, o acusan de abandono de sus penurias, o estrecheces. Cada uno a su manera interpreta a una mujer incapaz de velar por sí misma porque no sabe cómo hacerlo. Un disfraz que represente a una mujer autónoma no tendría razón de ser.

Los conocedores del tema, como la psicoanalista Isabel Prado, admiten que los hombres representan a la mujer que ellos llevan por dentro, la que creen conocer. Un hombre disfrazado de mujer, no el gay,



La idea de disfrazarse de mujer ruboriza a muchos hombres, pero a Víctor Manuel eso le causa gracia.

escenifica una parte de lo que es la mujer para él. Por lo general encarna solo su visión histórica, por eso el personaje no es en rigor una mujer sino el estereotipo que crean.

Lo que conoce de ella nunca será suficiente aun cuando se disface y la caracterice muy bien. Pese a que se tengan numerosos argumentos, su ser estará un poco más allá de cualquier evaluación.